

V Concurso Relato Breve Joaquín Mercado - 2008

Tema: **CUENTOS DE NUESTRAS ABUELAS**

Título: ***El día de la riá***

Autor: **Diego Soriano García**

Mayo - 2008

Los pimientos las lechugas los tomates las calabazas las patatas las acergas las alcachofas los pepinos las berengenas las cebolletas los esparragos los melones los garbanzos los girasoles. To se lo estaba llevando la riá. Dicen que estaba haciendo un día espléndido, y que a medía mañana, en un pis pas, empezó a diluviar como sólo los más viejos de esas vegas esas recordaban. Ni que decir tiene que arramblaron con to las huertas que pillaron, y con bastantes más olivas... En la casilla de nuestra huerta el abuelo Eugenio maldecía y fumaba tabaco verde y echaba palos a la lumbre nervioso. No había hecho másque fumar y echar palos a la lumbre y maldecir en toa la noche. La abuela Rodriga ni siquiera se había atrevío a decirle ni una palabra desde que se cagó en Dios y la Virgen y tos los santos la primera vez. Yo de esto no me acuerdo, sólo tenía tres años, pero la abuela no perdía la oportunidad de contármelo cuando lo creía menester:

Su hijo el tío Eugenio también estaba al fragor de una candela, pero en la Casa del Pueblo. Se acababa de abrir la veda, y los monteros celebraban sus trofeos u olvidaban sus desaciertos con el rifle a base de vino manchego y tapas de morcilla queso o chorizo. Ya venían cargados de la sierra, donde la nube solo la había rozao, pero eso no era motivo para no seguir cargándose más, como si fueran pozos sin fondo. Había mucho jaleo, pero el tío no les hacía caso. Joaquin el Venao se había arrancao con sus tristes fandangos de ciervas y madres, como toas las noches de montería, y el resto de borrachos observaba casi con devoción, pero el tío no lo escuchaba. Un pensamiento malo llevaba varios días rondándole por la cabeza, y esa noche se había decidido a llevarlo a cabo. Algunos de los que lo conocían le preguntaron que por qué estaba tan serio, pero él les dijo que había bebio alguna botella de mas. Y era verdad. El nunca se bebía más de dos botellas, pero aquella noche se había bebio cuatro. Cuatro botellas de vino peleon que le estaban dando el valor que siempre necesitaba en las pocas ocasiones que había tenío que torear con algun toro gordo. Llevaba más de tres horas intentando levantarse y salir a por él, pero prorrogaba el momento una y otra vez. Quería ir, pero tambien quería que llegara alguien que lo retuviera. Primero fue el Gorra, siempre queriendo echar un julepe, o cincuenta, después el Manteca, con sus interminables historias de mujeres, despues el Lince, con sus chanchullos para sacar una hogaza de pan de cualquier sitio... Y al final los cazaos. A todos los escuchaba, pero en ningun momento se puso en su pellejo aquella noche. Bastante tenía con el suyo propio, que era tan grande que hacía que se encorvase para poder llevar tanto peso. Una y otra vez se decía que no merecía la pena, pero las mismas veces se repetía al segundo que aquel era su sino. Y en es que en aquellos tiempos las normas eran otras, ni os imaginais to lo que ha cambiao to en la vida desde que podemos votar.

La abuela Rodriga estaba tan nerviosa que había limpiado por enésima vez la casilla. Le había dado cuarenta vueltas a todos los cacharros y las perolas, le había quitado el polvo cuarenta veces a la minúscula habitación donde dormíamos los cinco de la familia, se había comido todas las uñas de las manos hasta hacerse sangre, y había salido cien mil veces a la puerta a ver si el tiempo amainaba un poco aunque fuera, pero nunca dejaba de mirar de reojo al abuelo para ver si veía algún cambio en la preocupación de su cara. Ella llevaba todo el peso de la casa. Cada uno tenía sus cosas, pero ella estaba en medio de todas y de todos. Todo pasaba por ella. Una tenía que ser muy fuerte para aguantar lo que ella aguantaba. Al abuelo se le había ido la cabeza, y pese a los intentos de la abuela de impedirlo, salió en mitad del diluvio a recoger las pocas verduras que se podrían aprovechar. Caía tanta agua que se iba una y otra vez al suelo, pero todas las veces volvía a levantarse. Cogió un saco, lo llenaba hasta la mitad de hortalizas, lo vaciaba en la casilla, y volvía a salir a por otro. Las cosas llegaban sucias y reventadas, muy pocas se podrían aprovechar, pero seguía y seguía, mezcla de orgullo y de instinto de supervivencia. Ni se imaginaba que su hijo iba a morir aquella noche.

El tío Eugenio todavía estaba delante de la lumbre sin haber dicho ni mu. Rumiaba y rumiaba lo que debía e iba a hacer. No fumaba, pero si lo hiciera hubiera acabado con todas las plantaciones de tabaco del pueblo. Alguno saltó por un fandango que le puso los pelos de punta, y al acabar éste no pudo aguantar y empezó a echar para fuera parte de lo que llevaba dentro. Tocaba su buen amigo el Sembrado, que sabía tocar por donde a él le gustaba.

Ay mare esta noche vas a sufrir
Este carvario que llevo dentro
Y que me mata
De alguna forma tiene que salir...

Él me ha quitado lo que era mío
Ahora come jamón en la lumbre
Besando a lo que más quiere,
que es lo que me saco del río.

Era un viejo fandango que siempre oía a su abuelo, y él cantaba en las noches de alegría, sin prestar atención a lo que quería decir, pero aquella noche sentía cada letra como cien mil agujas que se clavaban en cada uno de sus deos. A los más borrachos se les saltaron las lágrimas, y los más viejos y los más listos se temieron lo peor. Algunos sabían la historia, y otros acababan de saberla. A este siguieron otros tres igual o más tristes, y acto seguido volvió a hundirse en sus pensamientos, intentando que los demás se olvidaran de él. Con la borrachera general eso no fue muy difícil, así que en pocos minutos volvía a estar ensimismado en cómo los palos de olivo se deshacían poco a poco a costa de lo agresivo del oxígeno caliente de la lumbre. El Venado empezó con las bulerías, los demás hacían palmas, las botellas de vino volaban, y los alientos ardían. El abuelo Eugenio acabó de recoger la última verdura sana, y entonces se lió con las malas. Había muchas más, casi todas de las otras huertas, pero las recogía todas. “Algo se aprovechará” se decía. El frío le llegaba hasta el tuétano pero él, duro como los antiguos ni le hacía caso. Tosía y tosía pero no se daba cuenta. Dedicaba todo su cerebro a reconocer comida. Cada saco de verduras rotas lo ponía encima de las buenas, y acabaron por mezclarse y formar un barullo que la abuela tendría que arreglar. Al acabar el abuelo se sentó en la silla, echó más palos a la lumbre y se lió otro cigarrillo, todo sin parar ni un segundo de maldecir, para que os hagáis una idea de cómo era. La

abuela le dijo que se cambiara de ropa. “¡Cállate, que no tienes ni idea!” fue lo único que supo decir, entre tosíos y esputos bárbaros. Era incapaz de mostrarse ante una mujer, ni siquiera con la abuela, jamás enseñaba su lazo humano...

El hijo era todo lo contrario de su padre en el sentido emocional, pero podía llegar a ser mucho más violento. Tenía mucha consideración con las mujeres, y mucho más con la que hasta hace unos días iba a ser la suya. El odio ciego y la fijación de acabar con el otro le habían ayudado a soportar el dolor de los cuernos que le pusieron. Durante días pensó la forma de hacerlo, y aquel día iba a ser el día. Pidió la última botella y se la bebió tranquilo, saboreando aquel vino malo pero fuerte, sabiendo que sería el último que bebería ahí en mucho tiempo. No tuvo prisa, y duró otros cuantas bulerías más. Cuanto más pasaba la noche, más tristes eran éstas, por aquello de la melancolía del etanol en las mentes del pueblo. Tras echarse el último trago se levantó, miró a los comensales uno a uno y le pidió al personal un poco de silencio. Echó un vistazo al Sembrao y empezó a palmeo por Jerez:

No pueo vivir así
Ay virgen mía
No pueo seguir sin ti
Me voy a quitar la vía

Repitió aquella estrofa otras tres veces, con la pasión en crescendo. Al acabar agarró su botella y la hizo pedazos en el suelo, ante los reclamos del dueño, que nunca lo había visto de aquella manera. Dos amigos intentaron pararlo, pero de dos puñetazos los tumbó en el suelo. Ninguno se atrevió a seguir con la tarea. Cerró la puerta del bar de un portazo y salió a la calle. Aún caía agua para parar siete trenes; dos metros de caminata y tenía callos hasta los pelos del culo, pero le daba igual, aún le quedaban trece kilómetros, y en esos momentos jamás pensaría en la humedad de su cuerpo...

Salió del pueblo y se metió por el carril que daba al cortijo del Guapo. Había recorrido siete kilómetros bajo el mayor aguacero que jamás había visto sin inmutarse, el carril se estaba deshaciendo, piedras que pesaban bastante más que el flotaban en el torrente como ovas en las albercas. Una acertó en su tobillo y el golpe le hizo cojear. El seguía como si nada, hasta llegar a la higuera del desvío del cortijo. A duras penas consiguió trepar un par de metros hasta llegar al saco de plástico que envolvía la vieja recortá de dos cañones del dueño de la Casa del Pueblo que había cogido la noche anterior. Un tiro le bastaría para acabar con todo, pero era un tío precavido y llevaba un puñado de cartuchos encima. Agarró la escopeta, lo cargó, tiro el saco debajo de la higuera, y siguió caminando.

A la abuela Rodriga ya sólo le quedaba rezar bajo el cuadro de la Virgen que presidía el cuarto en que dormíamos todos, rosario en mano. Sólo se sabía el padre nuestro y el ave maría, pero los repetió mil veces, convencida de que cuanto más rezara más iban a solucionarse las cosas. Mientras pasaba todo esto nosotras tres dormíamos como los ángeles. Bendita aquella edad en la que no te enterabas de nada, en la que solo pensabas en ver a tus amigas nada más que levantarte y jugar a la rayuela y el escondite; pero que poco dura lo bueno... En fin, el abuelo seguía con lo suyo en la lumbre y la abuela con sus rezos, cuando una tromba de agua arremetió con la puerta y la destrozó enteramente. Un río de barro inundó la habitación de la casilla, apagó la lumbre, y tiró todo lo que pilló a su paso, hasta al abuelo. Entonces empezó la locura, los dos con las ollas achicando el agua que podían, y nosotras despertándonos y liándonos a llorar y a gritar. Mi hermana la mayor pataleaba y daba saltos y lloraba, la del medio gritaba y

gritaba y yo, según mi madre, sólo preguntaba por Eugenio, en una especie de sueño, pero con los ojos abiertos como platos.

El tío Eugenio se acercaba al cortijo, rifle en mano. Estaba en lo alto de una loma, y desde que lo vio a lo lejos el corazón se le puso en la boca. Conforme se iba acercando creía que le iba a explotar. Pero aguantaba. Al llegar a la puerta no se lo pensó y de una pedrada rompió el cristal de la habitación del Guapo. Se oyeron voces y alguien salió por la ventana. El tío tenía la recortada escondida.

- Baja aquí hijoputa que te vas a enterar que me cago en todos tus muertos so cabrón...

- No tienes güevos pa quedarte ahí.

- Aquí te espero so mierda.

Mientras el Guapo bajaba el tío Eugenio sacó la escopeta de donde la tenía escondida y se preparó pa ensartarlo cuando saliera por la puerta. Las venas de la frente habían cuadruplicado su tamaño, y el corazón le ocupaba todo el pecho. Respiraba entrecortado pero a una velocidad enorme. El Guapo fue más listo, y en vez de salir por la puerta de atrás se subió por el tejado y desde arriba y con un golpe con puntería le abrió la cabeza con un peñón enorme de esos pa sujetar las primeras tejas. El tío Eugenio cayó al suelo sin vida. El Guapo fue a entregarse a la guardia civil, el abuelo tardó lustros en reponerse, la abuela duró dos años más y aquella que trajo la perdición a los dos acabó juntándose con el mismísimo padre del Guapo... Que a los años la dejó por otra más joven.

Así que ya sabéis nietos míos, de esta historia tenéis que sacar dos cosas las mujeres y dos cosas los hombres, la primera de vosotras, los más callaos son los peores, y la segunda, la guapura se acaba... Pa vosotros, una mujer que no sea vuestra madre no vale tanto como para matar o perder la vida por ella, pero a la mujer con la que os caseis, echadle al menos una sonrisa cada día... Si no queréis que no sean capaces de vivir sin sus hijos... Y si me apuras hasta una pa los creyentes: No por mucho rezar amanece más temprano... Y ya está bien de tanta cosa mala, espero que esto resuelva lo que me habeis preguntado, ahora dejadme ver la novela...

Paula pulsó el off del radiocassette.

- ¿Ves? ¿Te ha gustado? ¿Comprendes por qué nunca quería que escucháramos este cassette?

- No pensaba que iba a ser tan fuerte... ¿Y por que lo grabaste? No sabía que fueras masoca...

- Tío, me lo contaba tantas veces que una vez decidí grabarlo, no me preguntes por qué... Pero a ella siempre le gustaba contar cosas de esas... Supongo que en verdad eran tiempos muy muy diferentes... De todas formas cada vez que lo escucho ya ni presto atención a lo que dice, sólo me limito a escuchar su voz...

- Bueno, ¿tienes alguna otra historia macabra antes de dormir o me vas a dejar ya que te coma de los pies a la cabeza?

- Anda tonto, empieza por esta oreja...